

DESDE QUE SE FUE...

*Uno busca lleno de esperanzas...
Enrique Santos Discépolo*

A Claudio Venegas Lazzaro, compañero de sueños.

En ese tiempo éramos todos cabros chicos. Soñábamos con un socialismo que no teníamos idea como era, pero que suponíamos que era mejor que la realidad que se vivía; nunca imaginamos entonces que esa realidad era infinitamente mejor que lo que vendría después.

El nuestro, era un barrio extraño para una patota de chiquillos. En realidad, era un barrio de viejos, donde raras veces se veían niños y jóvenes; tal vez por eso, nuestro bullicioso grupete se notaba más y fue tan importante en nuestras vidas. Casi todos éramos hijos de familias de izquierda, de tradición militante; nos conocimos precisamente, gracias a las actividades de los viejos en el CUP, la JAP y todo lo demás.

Los personajes del grupo, cuyas edades fluctuaban entre los trece y los dieciséis durante el gobierno de Allende, eran curiosos, extraños y diversos. Casi todo ocurría en la casa de la Doris o en la nuestra. Ella y su hermano chico, el Julio, eran hijos de un viejo comunista, que era modisto y sastre. Su casa era grande y vieja, con galerías de vidrios chiquititos y de colores que daban a un patio en que había una palmera, que más de alguna vez fue testigo de los primeros besos adolescentes de algunos de nosotros. La Doris era una niña linda, cariñosa y risueña, que siempre estaba dispuesta a matricularse en cuanto panorama se nos ocurría inventar... El Julio, tocaba en el acordeón unas melodías de tiempos inmemoriales que hacían sonreír a las dos abuelas que había en la casa, recordando que sé yo qué picardías de antaño.

Al frente de esa casa había un pasaje; una especie de cité, con casitas hacia los lados. Ahí vivían Renzo y Mauricio, los hijos de doña Maigo y de un italiano que hacía años había sido su marido. Mauricio era un romántico, admirador de los Beatles cuando ya no se

usaban y que compartía de lejos nuestras frescas y juveniles ideas revolucionarias. Renzo, se integraba a los trabajos militantes de la juventud socialista, con una indisciplina cuidadosamente cultivada. Junto a él aparecía siempre el Claudio Venegas, que era casi su hermano; era hijo de la tía Nena, una amiga de su mamá con unos ojos verdes, inmensos, que no tenía nada que ver con la cultura de izquierda. Las convicciones políticas de Claudio se habían acunado más bien en la familia de Renzo. Claudio era un cabro flaco, como un espíritu, interminablemente alto, con una cara huesuda y divertida, que se asomaba detrás de sus lentes de miope, como haciendo el esfuerzo por distinguir las siluetas desde la altura.

Mi hermana y yo éramos las “niñitas”. Las dos tocábamos el piano, y pertenecíamos a la familia más estructurada y tradicional del lote. Su estabilidad, era tan sólida como la democracia, pero en ese entonces no se nos pasaba por la mente ninguna de las dos cosas. Nuestra casa era grande; estaba en una esquina, en una callecita con balcones y árboles, y tenía diversos espacios para acoger varias reuniones simultáneas. Allí, solíamos reunirnos a conversar, cantar, planificar las actividades militantes y soñar con el socialismo. Por las tardes, nuestras risas y bullas invadían la calle silenciosa, empedrada de adoquines.

Los sábados y domingos salíamos a pasear, generalmente al cerro San Cristóbal o al Parque Forestal. Allí, subíamos inventando caminos y parábamos a cantar en algún claro, entremedio de los árboles. Nos gustaban los tangos, una rareza para nuestra generación, pero incluso solíamos bailarlos al compás del piano, en las tardes de invierno. “Caminito” era el himno obligado de esos paseos al cerro. Allí, parado en una piedra, el flaco Claudio, estiraba su larga humanidad y cantaba a voz en cuello. Su facha desgarbada hacía brotar las risas y, en medio de ellas, todos terminábamos acompañándolo en su sentida interpretación.

Éramos felices y la felicidad del mundo estaba en nuestras manos. “*El presente es de lucha; el futuro es nuestro*”, decía la consigna. Nosotros la tomábamos al pie de la letra y trabajábamos con compromiso y convicción, sin tener la menor idea que sólo el presente era nuestro y el futuro sería de lucha.

Renzo, Claudio, mi hermana y yo éramos socialistas; por eso tal vez, constituíamos un grupo más unido. Ellos estudiaban en el liceo Lastarria y nosotras en un colegio particular; los cuatro militábamos en la seccional Providencia de la JS. Cuando mi hermana y Claudio comenzaron a pololear, ella tenía trece años y el Flaco dieciséis.

Nuestros trabajos eran sencillos, pero nosotros los asumíamos con la plena convicción de que el futuro de la patria dependía de ellos. Había que repartir los vales de la JAP, casa por casa, hacer trabajos voluntarios limpiando las rejillas de los colectores de agua o ayudar a ordenar las colas, los días en que llegaba mercadería. Íbamos y volvíamos caminando a la sede del Partido, atravesando completo el Parque Forestal.

Una mañana, llegó Claudio temprano a mi casa. “Parece que hay problemas, cuñada”, me dijo. “Hay que reunirse temprano para irnos luego y no llevarse ningún papel; los milicos están controlando todo, allanando y revisando a las personas”. Eran los primeros días de septiembre del 73; comenzaba a nacer un temor que duraría más que la vida que teníamos hasta entonces. El golpe se veía venir de un momento a otro. Uno de esos días, fuimos juntos a la concentración del teatro Caupolicán y escuchamos con atención a Altamirano. Es lo último que recuerdo de esos días felices.

Varios días después del golpe, comenzamos a vernos. Ya no éramos los mismos. Supimos, desde el primer día que nuestra vida, junto con la de todo el país, había cambiado para siempre. Claudio era el más afectado. Probablemente porque su vida no era fácil, sus sueños y expectativas eran más profundos; tal vez, porque porfiadamente creyó en lo que nadie en su familia creía, creyó más firmemente. El Flaco entró en un mutismo asombroso; su cara divertida pasó a ser una mueca. Su silencio presagiaba algo tremendo.

Pasaron los meses y volvimos a atrevernos a salir. Nuestros paseos eran lo único que quedaba de nuestra rutina de adolescentes. Las caminatas eran más silenciosas y cansadoras, pero necesitábamos conservarlas. Mantengo patente una imagen de esos días, allí, en el cerro San Cristóbal. El mismo Claudio, cantando el mismo tango, eran otro Claudio y otro tango. Nosotros, en silencio lo mirábamos y algunos tarareaban junto a él... Ya no

había risas, todo era extraño. En ese momento no supe por qué el *“he venido por última vez, he venido a contarte mi mal”* me produjo un escalofrío; el resto de mi vida lo he sabido: es la última imagen que conservo de Claudio. La semana siguiente, en el primer aniversario del golpe, fue detenido repartiendo panfletos contra la dictadura.

Todo lo que vino después fue como una pesadilla. Recuerdo a mi hermana llorando todas las tardes, mientras tocaba en el piano una interminable Serenata de Schubert, que era la pieza preferida del Flaco. Lloró, por más de un año; la Serenata de Schubert me quedó grabada en el cerebro y hasta el día de hoy no soy capaz de escucharla.

Los ojos de la tía Nena se hicieron cada vez más verdes de tanto llorar y más grandes a causa de la locura que empezó a atraparla. Ella no entendía por qué podía haberle pasado esto a su hijo, a su único niño. Ella ni siquiera entendía por qué Claudio era un militante de izquierda. Tampoco podía entender la forma de operar de la Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos; no era militante de nada; era sólo una madre desesperada.

A veces llegaba a nuestra casa y nos contaba de sus trámites, sus interminables recorridos, sus esperanzas. “Hoy salí temprano”, nos decía. “Le dejé un plato de arroz con leche a Claudito encima de la mesa por si llega antes que yo”. Hacía más de un año que no se sabía nada de Claudio, pero ella siempre dejaba la mesa puesta. A nosotros nos partía el alma ver como iba enloqueciendo inminentemente sin que nadie pudiera hacer nada.

Mauricio y Renzo partieron al exilio, junto a doña Maigo, cuando ella salió en libertad después de haber estado presa en los peores centros de tortura de la dictadura. Los años siguieron pasando lentamente y de Claudio, nunca más se supo. Mi hermana creció y el día que se casó, apareció la tía Nena y lloró: “si ella se casa es porque cree que Claudito está muerto”, dijo. Creo que esa es la última cosa cuerda que la escuché decir.

Años después me casé yo. Le pedí a la tía Nena que me hiciera unas flores para el pelo, unas que brotaban de sus manos en forma mágica. Mientras me las probaba en el

peinado me decía: he estado tan pobre en estos días que tuve que ocupar la pasta de dientes de Claudito. Ella tenía una maleta con todas las cosas necesarias para sacar a Claudio del país en cuanto apareciera. Cada cierto tiempo reflexionaba: “El niño pasará hambre, estará más flaco...” Entonces iba y compraba unas camisas de talla más chica y cambiaba las que tenía en la maleta. Tiempo después, pensaba: “Ha pasado tanto tiempo, Claudito debe estar un hombre; estas camisas le van a quedar chicas”, y partía a comprar unas más grandes. Tal vez fue una suerte que fuera enloqueciendo, porque debe ser muy difícil sobrevivir a ese dolor en medio de una malsana cordura.

En el año 92, la tía Nena terminó de enloquecer y la internaron para siempre. Sus ojos verdes inmensos quedaron fijos en un punto de donde espera, de un momento a otro, ver aparecer a Claudio.

Cada vez que puedo subo al cerro, me paro en la roca del Flaco y canto, con una voz que me sale desde el útero: “*Caminito que el tiempo ha borrado, que juntos un día nos viste pasar...*” Entonces, mis lágrimas corren por el suelo, volviendo a marcar el camino y a pesar del tiempo, el dolor y la locura, la senda que recorrimos juntos no se borra.

Georgina Giadrosi  Reyes, en: ***Cuentos de ternura y amor en dictadura.***

Publicado en 2003 con motivo del trigésimo aniversario del golpe de Estado.